



688 283

La universidad es para la historia colectiva, una institución; para la historia personal, sin embargo, es un espacio de tiempo. Es un tiempo que transcurre entre la expectativa de la adolescencia y la nostalgia de la madurez; un tiempo fundacional, entre otros motivos, porque en él se generan los sueños que más tarde serán la vara con que mediremos la fidelidad con nosotros mismos.

Si la universidad fuera solamente la transmisión del saber, bastaría con tener una buena biblioteca y algunos profesores que conocieran la bibliografía. Ese espacio de tiempo se transformaría en una experiencia nada despreciable: en cinco años encerrados, leyendo podríamos llegar a conocer profundamente a Platón y a Newton, a Miguel Angel y Cervantes, a Rousseau y a Marx, pero lo que no lograríamos nunca sería que ellos nos conocieran a nosotros.

El intermediario entre el conocimiento y el aprendizaje es el maestro, aquel que le da vida y responsabilidad al acto de conocer.

Hace ya varios años, en 1975, apareció en el programa de cursos de esta universidad un seminario sobre "Historiografía Alemana" dictado por el Dr. Ricardo Krebs, que venía llegando de la Universidad de Colonia donde fue catedrático de historia moderna durante cuatro años. Todos los alumnos lo conocíamos de nombre, pero la sola idea de estudiar historiografía alemana, con un Doctor de Leipzig y catedrático de Colonia, nos aterró en tal forma que inventamos mil disculpas para no tomar el curso, pero no pudimos rehuirlo. No sospechamos al entrar a la sala de seminario del Instituto de Historia, que entrábamos en una de nuestras más significativas experiencias universitarias.

Más tarde, la sala de clases no dio abasto. Los seminarios de don Ricardo se transformaron en un "boom" historiográfico. El se reencontró con su alumnado chileno, algo de lo poco que Alemania no podía darle, y nosotros, con la tradición clásica.

Cada maestro aporta su propia especificidad. Pues bien, la de Krebs es ser la encarnación viva del hombre clásico: su método de enseñanza es socrático, su razonamiento es aristotélico, sus ideales son platónicos. Retoma la cultura clásica junto con el Renacimiento: en lo más íntimo de sí mismo es un hombre que entiende, como pocos de sus contemporáneos, el "buen vivir" que defendía Erasmo, aquella aspiración a vivir con belleza y equilibrio, con delicadeza y con finura, tan lejana a nuestro concepto burgués de "buena vida".

Los orígenes del mundo contemporáneo, los llamados tiempos modernos, han sido su preocupación central y no ha cejado en estudiarlos hasta comprender las directrices que lo conforman: el desarrollo del capitalismo, la formación del Estado Moderno, el surgimiento de la burguesía y la nueva sociedad industrial, son los temas que lo preocupan. Pero lo que más lo sorprende y lo apasiona es la mente humana y su capacidad cognoscitiva. El hombre individual lo conmueve más que

el actor colectivo. De allí que haya optado por el estudio de la historia de las ideas.

No es extraño, por lo mismo, que su primer afecto intelectual se haya inclinado hacia las ciencias exactas: los mundos ordenados, armónicos y cognoscibles lo seducen. Pero su sabiduría lo llevó a asumir también la debilidad humana. Finalmente, se decidió por estudiar la obra de ese hombre integral, capaz de realizaciones maravillosas y perversas, que es la historia.

Krebs es un hombre clásico, decíamos, porque es un enamorado de la razón humana, no del racionalismo, y como tal ha vivido con dolor las experiencias de fanatismo colectivo de la historia contemporánea.

El vio nacer como estudiante de las universidades de Bonn y Leipzig a la Alemania Nazi. Por ser extranjero no fue a la guerra, pero vio ir a sus compañeros. Se vino a Chile en 1942, donde había nacido y cursado su educación secundaria.

En ese mismo año entró como profesor de Historia Universal a la Escuela de Educación de la Universidad Católica, que recién se fundaba.



Chile era un país pequeño, pobre y aislado, pero apasionante, pues le brindaba la oportunidad a este joven profesor de realizar su sueño: formar alumnos dentro de los valores más permanentes y rescatables de la tradición occidental.

Krebs ha sido fiel a ese sueño. En épocas obscurantistas para muchos de nosotros, él era quien representaba valores básicos como el razonamiento crítico, la búsqueda honesta de una verdad a la cual nunca se accede en forma perfecta, la dignidad de la persona por sobre sus ideas.

En este sentido, creemos que Krebs es fruto de la tradición intelectual europea y de la tradición universitaria chilena en la que prevaleció la razón por sobre la fuerza, la diversidad por sobre la uniformidad impuesta, la crítica racional por sobre la verdad oficial.

Nadie deja de reconocerle la integridad con que ha vivido los valores universitarios ni su respeto por los valores más clásicos de la tradición académica. Por eso es admirado y respetado no sólo por los que piensan como él.

Krebs es conservador, lo es profundamente, y es un conservador enamorado de su tiempo. Quizás en ello esté la clave de su ser como maestro: representar la tradición sin esconderse de los riesgos y desafíos del presente.

En 1982 le fue otorgado el Premio Nacional de Historia por sus aportes a la historiografía nacional. Sus alumnos se hacen partícipes del otorgamiento del premio no sólo por su aporte a la historiografía, sino por su aporte a la historia, a secas.

SOL SERRANO